

ENZO BIANCHI

A LOS PRESBITEROS

QUINTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo la edición castellana Luis Rubio Morán
sobre el original italiano *Ai presbiteri*

© Qiqajon, Bose 2004

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1563-1

Depósito legal: S. 188-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

A LOS PRESBITEROS

<i>Introducción</i>	9
La espiritualidad presbiteral	11
La relación con el tiempo	15
La relación con la Palabra	21
La oración del presbítero	31
La relación con la liturgia	39
El estilo apostólico del presbítero	45
La comunión presbiteral	49
Ministerio y vida humana	55
<i>Conclusión</i>	63

«SED SANTOS COMO YO SOY SANTO»

La llamada a la santidad	68
Pastor del rebaño de Dios	76
El camino de santificación del presbítero	82
<i>Epilogo a la edición en lengua castellana</i>	89
<i>Bibliografía</i>	93

«El Hijo no puede hacer nada por sí mismo»
(Jn 5, 19.30). «Sin mí no podéis hacer nada»
(Jn 15, 5). Este «nada» que los discípulos
comparten con Jesús expresa a la vez la fuer-
za y la debilidad del ministerio apostólico.

Joseph Ratzinger

INTRODUCCIÓN

Queridos presbíteros de la Iglesia de Dios:

En estos últimos años, y en diversas circunstancias, varios obispos me han pedido algunas reflexiones sobre la vida espiritual del presbítero. Aunque soy un simple monje, «un pobre laico» –según la definición que Pacomio daba de sí mismo al gran Atanasio, patriarca de Alejandría–, acepté porque con frecuencia, sin haberlo querido ni decidido, me he visto obligado a pensar en los problemas que afectan al presbítero con motivo no sólo de los ejercicios espirituales que me ha tocado dirigir, sino también del trabajo de acompañamiento espiritual a muchos de ellos.

Procuraré ser sólo eco de la palabra de Dios y una resonancia de aquello que, según he escuchado frecuentemente, acontece en la vida eclesial y presbiteral. También compartiré con vosotros algunos pensamientos que desde mi propia experiencia juzgo útiles, y creo que también ur-

gentes, sobre una vida presbiteral vivida en el Espíritu santo y en la fidelidad al Evangelio.

Pero antes de desarrollar estas reflexiones, me veo en la necesidad de compartir algo esencial, que constituye el fundamento de todo mi discurso. Vosotros, presbíteros, participáis de la misión de Jesús, el Hijo del Padre, y por eso no debéis olvidar nunca sus palabras: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). Sólo con Jesús podéis desarrollar vuestro ministerio, dejándole a él la plena y soberana iniciativa. No bastan ni vuestras capacidades ni vuestras fatigas para ser «enviados» (*apóstoles*) de Jesús, de la misma manera que él es el enviado del Padre (Jn 13, 20): resulta absolutamente necesario que viváis con él (Mc 3, 14), en plena comunión con él, y que busquéis en todo momento trabajar como enviados y pastores que participan en la misión única del Hijo. No tenéis nada vuestro para llevar a los hombres, no sois nada sin el Señor que actúa en vosotros y por medio de vosotros; nada podéis hacer sin obedecer y comulgar con el Señor que actúa en vosotros; nada podéis hacer sino en la obediencia y comunión con «el Hijo que no puede hacer nada por sí mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre» (Jn 5, 19).

Teniendo bien presente esta exigencia de comunión radical con el Señor, podemos pasar a exponer algunos puntos de reflexión.

LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

Estoy profundamente convencido de que vuestra «espiritualidad» no consiste sino en la vida espiritual vivida en aquello que hacéis como *presbyteroi*, como ministros de la Iglesia de Dios. La espiritualidad de la Iglesia es una sola, que se funda en el bautismo y es alimentada por la palabra de Dios y los santos sacramentos, aun cuando sea vivida de modo diverso según la gracia y la situación en la que el Señor ha querido a cada uno de sus siervos.

Por desgracia aún existen intentos de proponer una «espiritualidad» presbiteral que podríamos llamar «espiritualidad del genitivo», es decir, fundada sobre la declinación de aspectos específicos de la vida del presbítero: «espiritualidad eucarística», «espiritualidad diocesana», «espiritualidad de la caridad pastoral»... Al contrario, la auténtica espiritualidad del presbítero sólo puede ser alimentada y vivida mediante el cumplimiento de su ministerio. En otras palabras, los presbí-

teros crecen en la fe y profundizan en su vida espiritual a través del ejercicio de su ministerio. En efecto, preparándose para anunciar la Palabra y proclamándola se alimentan a sí mismos; celebrando la eucaristía entran profundamente en el misterio pascual; como ministros de la reconciliación impregnan su vida de misericordia; procurando anunciar el Evangelio hoy y a los otros, ellos mismos lo comprenden mejor; en la confrontación y el diálogo con los no cristianos encuentran la medida de su propia fe; escuchando a los hermanos y hermanas, y cargando con sus heridas, muestran el rostro del «buen pastor que da la vida por las ovejas» (cf. Jn 10, 11).

En íntima relación con esto se sitúa también la cuestión de la así llamada «presidencia» presbiteral. Sucede que vosotros, presbíteros, tenéis clara conciencia de ser cristianos llamados por el Señor y puestos por el Espíritu santo para presidir la comunidad, o sea, para presidir el anuncio de la Palabra, la liturgia eucarística y el cuidado pastoral. La forma de este ministerio de «presidencia» es simple y no requiere actitudes especiales o estrategias particulares. Se expresa ante todo en la *solidez* y en el *discernimiento*: solidez de la fe (y por consiguiente ejercicio personal en el *sensus fidei*), para poder confirmar a los hermanos, y discernimiento realizado con autoridad,

con *exousía*, para edificar la comunidad como cuerpo del Señor.

Si el que preside acompaña y plasma estos carismas con el don de la misericordia, ejercida hacia la comunidad que se le ha confiado (y el Señor no priva de este don a quien se lo pide con sinceridad), entonces aparece en la Iglesia el icono del «pastor bueno y hermoso» (*ho poimen ho kalós*: Jn 10, 11), que da la vida por sus hermanos (cf. Jn 10, 11), que conoce a los cristianos de su rebaño (cf. Jn 10, 14), que camina delante de su comunidad peregrinante (cf. Jn 10, 3-4) y le da a su tiempo el alimento necesario (cf. Lc 12, 42). Pastor de la comunidad, siervo de la comunión. El presbítero es un cristiano y un discípulo junto a sus hermanos, pero a la vez tiene la función de guiarlos; él mismo, por otra parte, es guiado por el Espíritu santo, al que se abandona mediante una escucha y una obediencia fieles, hasta el punto de estar a la altura de poder conducir a la grey de Dios en medio de la cual el Espíritu lo ha puesto para presidirla (cf. Hch 20, 28).

Conviene recordar finalmente que la eficacia de vuestro ministerio está condicionada por la autenticidad y la fidelidad con que lo vivís: una mayor o menor fidelidad al Evangelio en el ejercicio de vuestro ministerio influye claramente sobre la evangelización, sobre la presidencia de la

comunidad, sobre la celebración de los sacramentos (cf. *Presbyterorum ordinis*, 12; *Pastores dabo vobis*, 25).

Y viceversa, lo que hacéis en cuanto presbíteros forma parte integrante de vuestra espiritualidad y resulta determinante para vuestra santificación: viviendo plenamente vuestro ministerio os realizáis como hombres espirituales y, por tanto, os santificáis; mejor aún, acogéis las energías de santidad que Dios da a quienes a ellas se abren.

Por otra parte, cuando sostenéis y acompañáis grupos particulares o movimientos no podéis olvidar que, si bien es posible ciertamente recibir estímulos de las experiencias espirituales propias del grupo, no es admisible, sin embargo, dejarse «capturar» por alguno de ellos ni correr el riesgo de «privatizar» vuestro ministerio: estáis, en efecto, investidos del ministerio presbiteral en vistas a la Iglesia toda entera, y es este ministerio el que debe plasmar vuestra vida y forjar vuestra santidad. ¡Ay si una espiritualidad particular informase la vida espiritual del presbítero más que el ejercicio de su ministerio!: brotaría de ahí una gran desarmonía y una falta de unidad a nivel personal.